

muchos años después, cuando deberían ser doncellas, y como tales vistas en España por Alberto Badoero. Y, sin embargo, este embajador, como se dijo, ni remotamente apunta la existencia de las dos niñas en la relación que se le atribuye. Tanto más, cuanto que el Príncipe de Orange asegura que tales relaciones y tales hijas adulterinas eran cosa pública y de todos conocida acá en España ¹.

No se olvide tampoco cuán difícil cosa es y fué siempre ocultar la sucesión ilegítima de los príncipes. Porque, de una parte, no lo pueden callar por propio interés las favoritas reales; y por otra, lo publican las familias y los mismos hijos bastardos reclamando ahora riquezas ó títulos nobiliarios, y ahora quizá derechos á la corona de sus padres. ¿Y dónde está, ni dónde consta documento alguno que acredite reclamaciones tales en el reinado de D. Felipe, ni tampoco en el de su hijo y sucesor en el trono? No hay historiador grave que tal enseñe, ni siquiera de esto hable. Por consiguiente, carecen de verdadero fundamento las noticias sobre los amores adúlteros de Felipe II poco antes y después de casado con Isabel de Valois ².

¹ Se cree compuesta la Relación de A. Badoero en 1578.

² Cabrera, que escribió, como es sabido, la historia de Felipe II, y los demás historiadores de su tiempo, no mencionan tampoco hijo alguno ilegítimo de S. M., mientras que tienen buen cuidado de hablar de los habidos en legítimo matrimonio. Manuel de Faria y Sousa, en su *Historia del reino de Portugal* enumera también los hijos que Felipe II tuvo en tres de las cuatro mujeres con que legítimamente estuvo unido. «Hijos de la primera, dice, D. Carlos, á quien su padre, como el emperador Constantino con su hijo Crispo, recogió por justas causas en un cuarto de su palacio, donde murió mozo. De la tercera, Doña Isabel Clara Eugenia, condesa de Flandes, mujer del archiduque Alberto. Y Doña Catalina, mujer de Carlos Manuel, duque de Saboya. De la cuarta, D. Fernando, D. Carlos Lorenzo, que murieron niños, D. Diego, que murió niño jurado príncipe de Portugal, D. Felipe, que sucedió en la corona, Doña María, que murió niña.» *Historia del reino de Portugal*, por Manuel de Faria y Sousa, parte IV, cap. I, pág. 350: Bruselas, 1730.

IV.

EMBAJADORES FRANCESES.

Hubo en España, desde el año 1561 al 1565, dos embajadores representantes de Francia, de cuya correspondencia se intenta sacar argumentos poco favorables á la limpieza y honestidad del Prudente Monarca. El primero de ellos fué monseñor Sebastián de l'Aubespine, Obispo de Limoges; el segundo Juan Evrard, barón de Saint-Sulpice. De entrámbos, según Gachard, se conservan cartas secretas y billetes oficiales en la Biblioteca Imperial de París. Las procedentes del Obispo de Limoges, al parecer copiadas ó transcritas por su secretario, empiezan la primera con fecha 3 de Julio de 1561 y la última en 11 de Mayo de 1562. Los billetes escritos á su Soberano por el otro embajador comienzan en el día 21 de Mayo de 1562 y acaban en 11 de Agosto de 1565 ¹.

Los únicos pasajes que, al decir de fieros y mansos, comprometen la fama y el buen nombre de Felipe II, se leen extractados en la citada obra de M. Gachard. Pertenecen uno á cada cual de los dos embajadores. Y el escrito por el Obispo de Limoges en carta á Catalina de Médicis, fecha 3 de Julio de 1561, se ofrece, imparcialmente considerado, sin malicia ni valor alguno. Dice así: «El Rey muestra predilección por la caza que tiene próxima y bastantemente por otras buenas relaciones en esta villa, las que sin embargo no le hacen ser mal esposo, porque él lo es de los mejores del mundo» ². No sé, ni puedo comprender cómo la malicia de plumas modernas acierta á sacar de estas palabras argumento con que manchar la vida pri-

¹ Gachard, *Don Carlos y Felipe II*, Prefacio, pág. 6.^a. Véase *Vie d'Elisabeth de Valois*, par le marquis Du Prat, Apéndices, página 377 y siguientes: París, 1859.

² «Le roy est a son plaisir, pour les chasses qu'il a proches et assés d'autres bonnes cognoissances en ceste ville, qui pour cela ne le font pas être mauvais mary, car il est des bons du monde.» Gachard, capítulo IX, pág. 207.

vada del Rey D. Felipe. Y sin embargo, intentando probar que este Monarca se arrastró en el fango de adulterios, citan Gachard y otros modernos autores las palabras susodichas del Obispo de Limoges.

Este embajador, no obstante, dice clarísimamente que aquellas otras buenas relaciones de S. M. no le impedían ser buen marido, *pues lo era de los mejores del mundo*. ¿Y cómo se comprende que D. Felipe II pudiese haber sido á la vez hombre adúltero y buen esposo; tan bueno que á los ojos de un Obispo informando de oficio á la madre de la Reina, llegaba á ser de los mejores del mundo? A esta pregunta no hay sinó responder que el Prelado embajador escribió las susodichas palabras con la mejor intención y sinceridad, mientras que los enemigos del Rey Prudente intentan en estos tiempos estrujarlas y torcer el sentido natural de todas ellas.

El otro embajador, Saint-Sulpice, que sucedió al Obispo de Limoges en la embajada de Madrid en el mismo año de 1562, escribía á la dicha Reina Catalina de Médicis en 7 de Octubre de 1564, de esta manera: «Que según Ruy Gomez le había informado, la enfermedad de la Reina (Isabel de Valois) había aumentado el amor de su marido para con ella, y añadió algunas cosas sobre sus amores pasados, que habían cesado, y estaban fuera de la casa, de suerte que todo iba tan bien, que no se podía desear cosa mejor»¹. Tales son las palabras que aduce el erudito autor del *Don Carlos y Felipe II*, intentando probar que este Monarca faltó á la fidelidad conyugal viviendo licenciosamente antes del referido año de 1564. De suerte, que por testimonio del Obispo de Limoges, el Rey D. Felipe, en 1561, era buen esposo y hasta de los mejores del mundo; y en 1564, según Saint-Sulpice, habían concluido los amores pasados y todo marchaba satisfactoriamente. Luego tales amores, no se sabe cuáles, si por ventura existieron como ilícitos y propios de S. M., ó no fueron quizá sino pura privanza de algún palacio con el Rey, cosas que no declara el pasaje del embajador

¹ Gachard, cap. IX, pág. 207: «Et adjousta quelques choses de ses amours passés qui avoient cessé et estoient hors de la maison, de sorte que tout alloit si bien qu'il ne se pouvoit desirer mieux.»

francés, debieron tener lugar desde el mes de Julio de 1561 hasta el mismo mes de 1564.

Bien notorio es que el Rey Prudente vino de Flandes á España en 1559, y que ya en 1560 contrajo su tercer matrimonio con Isabel de Valois; y como en 1561 era, según lo probado, uno de los esposos mejores del mundo, resulta que la vida mala y adúltera que le imputan sus enemigos tendría que haber acaecido en los tres siguientes años hasta el 1564, cuando ya los supuestos amores de que habla Saint-Sulpice habían concluido. Pues bien; véase ahora qué hizo el Rey en aquellos tres años, y si en ellos pudo y ni siquiera tuvo tiempo material para dar escándalos públicos y de adulterio en la corte, como siguiendo al Príncipe de Orange se propone deducir de las palabras dichas de Saint-Sulpice el precitado Gachard.

En 1561 ofrece la historia al Monarca Prudente de todo punto consagrado á la idea de dar principio al famoso monasterio de San Lorenzo el Real. Precisamente en los meses últimos de este año escribió ya aquellas cartas llenas de espíritu de Dios y de unción santa al Vicario de Guisando, Fr. Juan del Colmenar, buscando lugar á propósito para el gigantesco cenobio. En la primera parte de este libro quedan copiados y áun comentados tales documentos, declarando que tan religioso plan y purísimas ideas andan siempre muy lejos del espíritu de la carne. Formando planes para el célebre monasterio, rodeado de monjes, nunca apartado de su confesor, y siendo verdadero ejemplar de humildad y vida santa, cosa que, como nota bien el austero Sigüenza, causaba verdadero asombro hasta á los mismos religiosos, pasó los meses postreros de 1561 y los primeros de 1562. Y en esta misma fecha, desde el mes de Abril en adelante, túvole muy preocupado y afligido la enfermedad gravísima de su hijo el Príncipe D. Carlos, contraída en Alcalá de Henares, y también la de su esposa, como se verá. De modo que entre mil ansias, angustias, rogativas y oraciones públicas, pasó los meses restantes de aquel año, y corriendo sin cesar de Madrid para Alcalá de Henares y el Escorial. Allí contemplando á su hijo y esposa á las puertas de la muerte; y aquí procurando gloria á Dios y albergue suntuosísimo á la ciencia. No hay, pues, manera fácil de ver, ni tampoco autor alguno serio

ni imparcial de aquellos tiempos ofrece á Felipe II encenagado con adúlteras mujeres.

En los comienzos de 1563 el Rey D. Felipe continuaba visitando con mucha frecuencia la apertura de zanjas y los trabajos preparatorios de su monasterio; y por donde quiera que iba daba siempre, no lugar á anécdotas escandalosas, sino ejemplo de todas las virtudes ¹. Y en Julio del dicho año se vió de nuevo envuelto en mucha tristeza por causa de otra enfermedad ó recaída grave del Príncipe su hijo. Por el cual motivo hubo de suspender el viaje al reino de Aragón y Cataluña, para donde no pudo salir sinó en el mes de Agosto. Con tal fecha le presentan ya todos los historiadores abriendo las Cortes del dicho reino en Monzón, donde permaneció hasta Febrero de 1564, en que con grandes fiestas y entusiasmo entró en Barcelona. De allí pasó á Valencia: jurados los fueros y arreglados los asuntos capitales de aquellos reinos, volvió á Madrid en el mes de Junio del referido año. Y ya en el siguiente mes de Agosto acaeció aquella otra enfermedad de la Reina Isabel, de la que hablando Saint-Sulpice, decía, como queda visto, á Catalina de Médicis, que el amor de D. Felipe con este motivo se había aumentado para con su esposa. No se dá, pues, ocasión, ni siquiera tiempo material para incluir la vida licenciosa del Monarca en los tres años que se acaban de estudiar ².

Añaden los enemigos de D. Felipe, que falto de amor nupcial y trastornado el corazón, por causa de liviandades, no permitió á su esposa Isabel acompañarle en el viaje á Monzón,

¹ Véase la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por el Padre Si-güenza, discurso 3.º, pág. 541 y siguientes: Madrid, 1605.

² En el tomo vigésimo de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos*, léense muchas cartas de Felipe II dirigidas á Requesens su embajador en Roma, y otros varones discretos y famosos de su confianza y servicio, fechadas desde Diciembre de 1562 hasta Setiembre de 1564; y bien se puede asegurar que en ninguna de ellas aparece ni una expresión siquiera que pueda llamarse libre; sino que en todas ellas resplandece el ánimo levantado, digno y severo, que jamás acompaña al hombre esclavizado por la concupiscencia y los placeres viles de la sensualidad. Véase el dicho volumen *Pío IV y Felipe II*, Madrid, 1891.

Barcelona y Valencia. Pero el mismo Gachard responde á este infundado supuesto, advirtiendo que la enfermedad segunda ó recaída del Príncipe y los cuidados que pedía fueron causa de que la Reina permaneciese en la corte. Y el mismo Saint Sulpice lo escribió en carta particular á Catalina de Médicis, manifestándole que había perdido la esperanza de ver llegar á Monzón á la Reina Isabel, por causa de la enfermedad del Príncipe, harto debilitado para emprender el viaje ¹. Así, pues, cuanto se diga de la supuesta frialdad del Rey para con su esposa Isabel, pugna con las palabras del embajador que se acaban de copiar.

Pero hay más; se sabe con mucha certeza que el Rey Prudente amaba cual debía á su esposa Isabel en este año de 1563, cuando se le pinta viviendo vida adúltera y dando lugar á anécdotas escandalosas. Con efecto; en carta secreta del susodicho embajador, fecha 17 de Diciembre, dirigida á la Reina de Francia, se leen las palabras siguientes: «El Rey Católico muestra vivísimos deseos de salir de Monzon para poder ir á encontrar á la Reina Católica, su mujer, la cual parece que á causa de la enfermedad del Príncipe y del malestar de sus damas principales; y además, por la poca comodidad del dicho Monzon, no pudo S. M. hacerla venir aquí.» Si, pues, Felipe II era en esta fecha víctima de míseros y escandalosos amoríos con desprecio de su propia mujer, ¿cómo se comprende que tuviese y manifestase aquellos vivísimos deseos de volver á su lado, como declara el billete secreto del embajador Saint Sulpice? ².

¹ «Le premier Novembre Saint Sulpice mandait á Catherine de Medicis qu'il perdait l'espoir de voir arriver la reine Elisabeth á Monzon á cause de l'indisposition du Prince qui ressentait encore trop de faiblesse pour pouvoir se maittre en voyage» Véase esta carta en Gachard, cap. V, de su *D. Carlos*, pág. 16.

² «En fin le 17 Decembre, il mande á Catherine de Medicis: le roy Catholique monstre bien fort désirer estre hors de Monsson, et de pouvoir aller retrouver la royne catholicque sa femme, la quelle il luy semble que, á cause de la maladie du prince et de celle de la plupart de ses principales dames, et de l'incomodité dudict Monsson, il n'eust peu faire venir par deçà...» Gachard, *D. Carlos y Felipe II*, cap. V, pág. 96.

Todas estas relaciones tan claras, contradicen á los enemigos fieros y mansos del Rey; y mucho más, si se considera que D. Felipe, prestado el juramento de los fueros de Valencia, vino de allí á toda prisa para reunirse con su esposa y con su hermana, que habían salido á recibirle á la villa de Ocaña. Aquí descansó, pasando con ellas algunas semanas antes de llegar á Madrid. De suerte que todo el afán de S. M., ausente, era llegar pronto, no á Madrid, sinó al lado de la Reina; y ésto, como se ve claro, prueba que la amaba de todo corazón, como uno de los esposos mejores del mundo, según frase del Obispo de Limoges. Todas las cuales consideraciones, bien ponderadas, dejan sin fundamento los supuestos amores y adulterios imputados á S. M. Demás de lo dicho, se ha de añadir una consideración que indirectamente confirma la inocencia de Felipe II. Conviene á saber, que Catalina de Médicis, madre de la Reina de España, tuvo sumo empeño en casar á su otra hija, la princesa Margarita, con D. Carlos, primogénito del Rey. Y ésto, precisamente desde 1561 en adelante. Pues se sabe, y hasta es notorio, que Catalina de Médicis se valió de todos los medios, y escribió sin cesar á su hija Isabel y á los embajadores el Obispo de Limoges y Saint Sulpice, con el solo objeto de lograr este segundo matrimonio. Hé aquí las palabras originales de la Reina francesa Doña Catalina dirigidas á su augusta hija sobre este punto: «El Obispo de Limoges me ha manifestado que el Príncipe no tiene ya fiebre. Si continúa mejorándose, no pierdas ocasión de procurar que se case con esta tu hermana... Creo que en ello debes emplear tus cinco sentidos»¹.

No hay duda sinó que Isabel de Valois y las damas francesas de su servicio no dejaban pasar ocasión en que no hablaran á D. Carlos de la princesa Margarita, realizando sus cualidades y belleza en sumo grado. En el mes de Febrero de 1561

¹ Véase esta carta en el citado libro de Gachard, cap. VIII, pág. 160: «L'evêque de Limoges m'a mandé que le prince n'a plus la fièvre. Si cela continue d'estre gueri, ne perdez pas l'aucasion de garder qui ne soit marié há aultre femme que á vostre seur... et me semble que y devez mestre tous vos sins...»

recibió la Reina Isabel, entre otros, el retrato de su hermana, que con segunda intención le enviaba la 'Reina madre. Lo vió D. Carlos, y sonriendo dijo: «Más [hermosa es la pequeña.» Más tarde, en 1563, escribía Saint Sulpice á la misma Catalina de Médicis significándole lo mucho que la Reina su hija y él habían trabajado en sondear al Príncipe D. Carlos acerca de su matrimonio; pues se hablaba mucho de que el Rey su padre prefería á su sobrina Ana, hija de los Emperadores de Alemania, aunque otros querían á María Stuart, reina de Escocia¹. Asimismo Isabel de Valois hacía esfuerzos en exponer al Rey su esposo los deseos de su madre, á fin de llevar á cabo el nuevo enlace. Y ya en Febrero de 1562, dando cuenta el embajador francés á su corte de una plática habida entre la Reina y el Rey de España realizando mucho las buenas prendas físicas y morales de la princesa Margarita, se mostraba poco satisfecho del resultado. Porque, al parecer, S. M. buscaba mayores ventajas para la corona en el imperio de Alemania².

De estas correspondencias resulta cierto que Catalina de Médicis, su hija Isabel, los embajadores, y en fin, la diplomacia francesa, querían á todo trance un nuevo enlace y unión más perdurable entre las dos coronas, mediante el matrimonio del príncipe Carlos con Margarita de Valois. Es igualmente cierto que D. Felipe II, y también su hijo, resistieron los intentos y planes de Francia. Y en fin, que el resultado de todo ello fué disgustarse la reina Catalina y resentirse el amor propio de la diplomacia francesa. Pues bien; ¿no pudieran ser las palabras del embajador Saint Sulpice relativas á los supuestos

¹ «La reyne catholique et moy avions mis peine de pénétrer, par tous les moiens que nous avons peu, au secret de ce mariage de la royne d'Escosse avec le prince d'Hespaigne...» Gachard, *D. Carlos* (carta de Saint Sulpice, 11 de Octubre de 1563), cap. VIII, pág. 170.

² «Le 6 Frevier 1562 lui rendant compte d'une conversation que la reine Elisabeth avait eue avec son mari, et dans la quelle elle avait mis en avant d'abord madame Marguerite, puis D.^a Juana, il lui disait... La substance de toute la response fut comme de coustume, et telle qu'elle est ordinaire de ceulx, qui, soulz couleur d'un bon mariage, désirent d'entretenir ung chascun, sans désespérer personne, jusques au prendre.» Gachard, libro citado, cap. VIII, pág. 171.

amores de S. M., ligereza y fruto de aquellas inquietudes naturales dejándose llevar de falsos rumores al ver que no había podido ablandar el ánimo del Rey católico á que viniese en lo del matrimonio? Porque no fácilmente se comprende cómo Ruy Gómez, la persona más íntima y de mayor confianza que entre sus privados tenía Felipe II, pudiera ser, en caso tal, infiel al Rey descubriendo al embajador francés aquello de los amores ilícitos tan ofensivos á Francia como á la misma España.

Pero lo que más robustece y defiende en este punto la inocencia de Felipe II, y le ofrece como marido fidelísimo á su esposa Isabel, es lo que se acaba de probar, conviene á saber: que la corte de Francia, sus embajadores en Madrid, la Reina y su madre Catalina de Médicis, querían á todo trance y en los dichos años traer al Real Palacio de Madrid á la princesa Doña Margarita. Porque si Catalina de Médicis sabía, como no podía menos, que su hija Isabel de Valois era despreciada del Rey y pospuesta á algunna dama de la corte, ¿cómo deseaba y procuraba con tanta diligencia que otra de sus hijas viniera quizá á sufrir la misma suerte y á presenciar el martirio moral de su augusta hermana? En verdad que no se comprende bien ni mal, cómo el materno corazón de la Reina francesa pudo querer entregar la inocencia de una de sus hijas en casa de iniquidades, y exponerla al capricho de un rey adúltero.

V.

ACABA ESTE PUNTO.

Y haciendo omisión por un momento de todas las consideraciones arriba escritas, hay el testimonio positivo y terminante de la misma Reina Isabel de Valois, que por los dichos años escribía á su augusta madre llena de satisfacción y asegurándole ser la mujer más dichosa del mundo, y esto por haberle deparado Dios esposo tan bueno y de tales prendas. «Os diré, indicaba á su madre, que si no fuese la buena compañía que

tengo en este lugar (Balsaín) y la dicha de ver siempre al Rey mi señor, vería este sitio como uno de los más feos del mundo. Pero, Señora, os aseguro que tengo un marido tan bueno y soy tan feliz, que aunque lo fuese cien veces más no me disgustaría.» ¿Y cómo se compadecen estas declaraciones de la Reina Isabel con los supuestos amores adúlteros con que hoy se quiere manchar la fama de su esposo D. Felipe? ¹.

Y en otra ocasión, que debió ser á fines de 1562, se dirigía también por escrito á la susodicha Reina su madre, haciéndole las mismas declaraciones. Ponderábale muy justamente el admirable proceder del Rey su esposo, significándole con toda claridad cómo Felipe II no se había apartado ni un momento del lecho en que pasó su segunda enfermedad, acaecida en el dicho año. Es decir, que el Rey Prudente, de quien en 1561 confesaba el Obispo de Limoges ser uno de los mejores esposos que se conocían, continuaba siendo lo mismo en los años siguientes por declaración espontánea de su propia esposa. Luego ni en estas fechas, ni antes de ellas, ni después, hay fundamentos para enseñar que Felipe dió alguna vez motivos para anécdotas escandalosas ².

Por lo que toca al amor extraordinario del Rey para con su esposa, incompatible con adúlteros afectos, no hay sinó leer el libro del erudito marqués Du Prat, titulado *Vida de Isabel de Valois*, y al momento se convence, hasta el ménos dispuesto á ello, de que Felipe II fué sin duda en aquel matrimonio modelo y ejemplar de esposos enamorados, limpios y cristianos. Porque en los capítulos de la dicha obra se prueba con irrecu-

¹ «Vous dirés-ge, madame, que sy se n'estoit la bonne compagnie ou je suis en se lieu, et l'heur que j'ai de voir tous les jours le roy mon seigneur, je truoverois ce lieu l'un des plus fâcheux du monde. Mais je vous assure, madame, que j'ay un si bon mary et suis si heureuse que, quant il le seroit cent fois davantage, je ne m'y fascheroy point.» Gachard, obra citada, cap. IX, pág. 208.

² «Une autre fois elle lui disait que le roy faisait office de bon mari; que, tant qu'elle avait eu la fièvre, il n'avait pas bougé un instant d'auprès d'elle et elle ajoutait: «Je vous diréz comme je suis la plus heureuse fame du monde.» Véase esta correspondencia de Isabel de Valois con su madre, en Gachard, libro citado, cap. IX, pág. 208.